

## Chile, el último verano de la libertad

Luis Sepúlveda

Un poco antes de la medianoche del 10 de septiembre de 1973 el aire era húmedo y pesado y nosotros pensábamos que quizá se debiese a la primavera, ya cercana. Nosotros. «Nosotros, aquéllos de entonces, ya no somos los mismos», escribe Neruda. Aquella noche no sabíamos que ya nunca seríamos los mismos.

Nosotros éramos: Tuco, estudiante, de 20 años. Mateo, obrero, de 23. El Cuervo Quintana, linotipista, de 30 años. Magaly, estudiante, de 22. El Turco Menassin, profesor, 25. Carlitos Paz, profesor, 28. E Iván, director teatral, 23. Estábamos cansados y adormilados, tras dos semanas haciendo guardia en las instalaciones de agua potable de Viscachas, en las faldas de la cordillera, al sur de Santiago. Aquella instalación suministraba agua a la ciudad y habíamos sufrido varios ataques de grupos paramilitares Patria y Libertad, una organización fascista que, unas veces, intentaba hacer saltar los depósitos por los aires y, otras, verter sustancias tóxicas en ellos. Y siempre habíamos conseguido repeler sus ataques, a pesar de que los paramilitares actuaban con el apoyo de una parte del Ejército y de la policía. En esas ocasiones, sentíamos el odio de aquella gente, sobre todo cuando se retiraban con el rabo entre las piernas o llevándose a sus heridos. «¡Allendistas!», nos gritaban. Y nosotros les respondíamos que sí, que estábamos orgullosos de ser seguidores del compañero presidente.

A las dos de la noche del 11 de septiembre, el aire se hizo denso y pegajoso, y eso hacía todavía mucho más dura la vigilancia. Tuco, apuntando el catalejo hacia la fábrica de papel de Puente Alto, dijo que todo estaba en calma. Allí, a pocos kilómetros de los depósitos del agua potable, la policía, el Ejército y los paramilitares vigilaban un millar de camiones paralizados por una extraña huelga de los camioneros financiada por la embajada de EEUU.

A las tres, tras una breve reunión, decidimos que los más cansados podían ir a casa a darse una ducha y dormir unas cuantas horas. Carlitos Paz se quedó en el depósito. Tuco e Iván bajaron a Santiago en el jeep Ika-Renault de fabricación argentina. Conducía Iván y, dado que tenían que pasar obligatoriamente ante la concentración de camiones en huelga, Tuco desenfundó su Colt nueve milímetros. Pero no había ni un alma. Ni un sólo soldado, policía, camionero o paramilitar. Ante la Cristalería Chile, la mayor fábrica de botellas del país, en el cordón industrial Vicuña Mackenna, se detuvieron a hablar con los compañeros que estaban de guardia en la fábrica. En su interior, el turno de noche trabajaba a pleno rendimiento.

«¿Qué coño pasa? No hemos visto un fascista en toda la noche», dijo uno de los compañeros.

«Y en la fábrica de papel están solos los camiones», comentó Tuco.

«¡Venceremos!», dijo Iván, poniendo en marcha el coche.

A las cuatro, tras haber dejado a Tuco en su casa, Iván abrió la puerta de la suya. Pelusa, una estudiante de 20 años, estaba sentada en medio del salón en penumbra. Carlos Lenin, su hijo de dos años, dormía en su regazo. Se besaron, y, juntos, besaron al niño y lo pusieron en su cunita. Entonces Iván dijo que se moría de ganas de comer un par de huevos fritos.

Iván se dió una ducha, sintió el agua fresca sobre su piel y pensó que tres horas de sueño lo convertirían en un hombre nuevo, pero Pelusa interrumpió sus pensamientos. Traía en la mano un pequeño transistor. «Escucha», dijo. Unos segundos después, la voz del locutor de Radio Corporación transmite un curioso mensaje: «Las Mueblerías Chile reclaman a todos sus trabajadores para la reunión sindical a la hora convenida. Repito, las Mueblerías Chile...»

Iván corre al teléfono, dejando tras de sí un reguero de agua. Marca el número de la dirección del Frente Interno del partido socialista. «¿Está confirmada la reunión sindical?», pregunta. «Con máxima urgencia. Avisa a los compañeros del sindicato».

Pelusa e Iván se miran a los ojos. El mensaje significaba que los militares están a punto de dar un golpe de Estado y que los miembros del aparato de seguridad del partido socialista deben ocupar inmediatamente sus puestos de combate. Abrazan al niño que duerme plácidamente. «Te quiero, compañero», dice Pelusa con los ojos inundados de lágrimas.

«Te quiero, compañera», contesta Iván con los ojos inundados de lágrimas. A las cinco, comienza a caer una llovizna insistente que deja resbaladizo el asfalto, y, para colmo, los neumáticos del jeep están casi lisos. Las calles se encuentran inusualmente vacías y casi chocan con una camioneta que sale de un cruce a toda velocidad. En la parte posterior de la camioneta va un hombre agarrado a una ametralladora que apunta hacia adelante por encima de la cabina. Los reconocen. Son militantes del MIR y de ellos consiguen las primeras noticias: la flota, que tenía que participar junto con la marina estadounidense en la operación Unitas, ha ocupado el puerto de Valparaíso y todos los regimientos están acuartelados.

-«Entonces, esta vez el asunto se pone feo», comenta Tuco.

-«Muy feo. Nosotros vamos al cordón industrial Vicuña Mackenna. ¿Y vosotros, compañeros?»

-«A Viscachas, a las instalaciones de agua potable».

-«¡Buena suerte! ¡Venceremos!».

-«¡Buena suerte! ¡Venceremos!»

A las siete llegan a Puente Alto y, a la entrada, Magaly les informa rápidamente de que los soldados del regimiento Ferrocarrileros han ocupado la cisterna y de que el grupo se ha retirado sin combatir. Ahora están reunidos en la casa de seguridad que el partido tiene en la zona.

Encima de una mesa y de dos camas de campaña están las armas con las que cuentan: tres colt nueve milímetros, con seis cargadores cada uno; dos revólveres Italo calibre 22, con 50 balas cada uno; una escopeta de dos cañones calibre 14 con 20 cartuchos; una Remington de repetición con cuatro cartuchos y varias decenas de cargas de dinamita con sus correspondientes detonadores y mechas. «Somos el quinto regimiento», murmura el Cuervo Quintana. «El que no quiera bailar que deje libre la pista», dice Magaly. «No se trata de eso. Pero la

verdad es que nos aseguraron que íbamos a tener las armas cuando llegase la hora», dice Mateo.

«Llegarán», replica Iván. Tenían que llegar. Las notas informativas del aparato de seguridad daban por cierta la existencia de militares fieles al Gobierno y dispuestos a abrir los arsenales a las vanguardias populares para combatir a los golpistas. Las armas tenían que llegar. A las ocho comienzan los disparos. Primero, los disparos de fusil. Después, las ráfagas de las ametralladoras y de los helicópteros que pasan y disparan sobre la gente más humilde. Y, en medio de todo esto, las radios interrumpen sus emisiones y sólo difunden marchas militares hasta que, a las nueve menos cuarto, llega el primer bando de los militares golpistas.

Por él, deducimos que Allende estaba luchando en La Moneda y que nosotros también lo haríamos. Cada cual con sus propias armas nos subimos al jeep y al coche del Turco Menassin y nos dirigimos a toda velocidad a Santiago. Habíamos recorrido unos cuantos kilómetros cuando nos adelantó una camioneta en la que viajaban varios civiles y carabineros armados con fusiles automáticos. Nos saludaron con el puño en alto y gritaron un «¡Venceremos!», al cual nos unimos también nosotros, llenos de entusiasmo. Pero cinco kilómetros más adelante, a la altura de Florida, vimos el vehículo volcado y en llamas. Había varios cuerpos de civiles y de carabineros alrededor de la camioneta. No conseguimos frenar del todo, cuando recibimos toda una lluvia de disparos desde la comisaría de los carabineros de Florida.

Como pudimos, llegamos hasta la primera esquina y, desde allí, respondimos al fuego, de tal forma que el Negro Pepe y Carlitos Paz pudiesen reunirse con nosotros. Los dos compañeros, cuando comenzaron los disparos, se encaramaron al vehículo incendiado para coger un fusil Fal y una ametralladora Karl Gustav con su equipo de cargadores. «Tenemos que dividirnos en varios grupos y tomar distintos caminos hacia Santiago. Si los compañeros del Cordón Vicuña Mackenna resisten, nos uniremos a ellos», dice Iván. Y allí, debajo de una señal de metal que señala la «calle de Ponce de León», nos decimos adiós sin saber que para muchos de nosotros sería el último. El Negro Pepe y el Turco Menassin se van juntos hacia la muerte. El Turco Menassin cae acribillado delante de la puerta de la fábrica de helados Savory. El Negro Pepe es herido y capturado, desaparece y su cuerpo es encontrado en 1984 en un cementerio clandestino del cerro Chena, al sur de Santiago.

Tuco y Carlitos Paz se van juntos. Tuco es hecho prisionero cerca de la torre de Entel, cuando ya había conseguido llegar hasta muy cerca de La Moneda. Hábil como es, consigue escapar de un camión militar, se une a la resistencia hasta que puede y, después, pasa a la clandestinidad, se va al exilio y, en 1986, cae combatiendo en El Salvador. Carlitos Paz muere el 16 de septiembre en una emboscada en las cercanías del regimiento Tacna. Se había unido a un grupo de las juventudes comunistas.

Magaly y el Cuervo Quintana también se van juntos. Ella forma parte de la resistencia hasta finales de octubre del 73. Después, se va al exilio, termina los estudios y se convierte en una de las primeras grandes alfabetizadoras de la Nicaragua sandinista. El Cuervo Quintana cae junto con otros compañeros del MIR y socialistas que resistieron hasta el 14 de septiembre al oeste de Santiago.

Mateo e Iván se van juntos. El destino de mis otros seis compañeros lo pude averiguar pasados muchos años. El de Mateo lo viví. Intentando dirigirnos al centro de la ciudad, nos desviamos hacia el oeste, requisamos un coche cuyo propietario quería que le firmásemos un certificado de devolución para cuando la revolución hubiese triunfado, pasamos a través de varios tiroteos, terminamos las municiones y, finalmente, llegamos a San Miguel, a mi barrio rojo. Junto a un grupo de resistentes atrincherados en un depósito de armas, escuchamos el último discurso de Salvador Allende, el postrer mensaje del hombre más digno que Chile haya dado, del dirigente más honesto que nunca tuvo un proceso político. Las bombas hicieron callar su voz serena que, a pesar de todo, aseguraba que, tarde o temprano, se volverían a abrir las calles para dejar avanzar al hombre libre. Eramos una quincena en aquel depósito. Estábamos llenos de polvo, teníamos las manos sucias y las voces cascadas, y nos abrazamos llorando, con los dientes paretados, jurándole al compañero Presidente que, aunque fuese después de cien años, nunca dejaríamos de repetir: «¡Venceremos!»

Llega un nuevo grupo de compañeros e interrumpe aquella emotiva ceremonia. Teníamos que ir al hospital Barros Lucca, porque allí la soldadesca loca había fusilado a médicos, a enfermeras y a pacientes. El cuadro era dantesco. Había cadáveres por todas partes y cuerpos cortados por la mitad por las ráfagas de ametralladora. Intentábamos salvar lo que quedaba en el banco de sangre, cuando recomenzó el tiroteo. Mateo, que estaba a unos cuantos metros de mí, fue herido por tres balas que le desgarraron el pecho. Después, no sé a qué hora de aquel día tan largo, comenzó a llover. El cielo se encapotó, como para asegurarse que nunca más habría primavera, para certificar que se iniciaba una larga, larguísima noche de disparos, gritos, llantos, torturas, desapariciones, cárceles, exilio, escarnio, mentiras, traiciones, prohibiciones de la memoria y negaciones del heroísmo.

Después de 25 años, aquéllos de entonces, no somos ya los mismos, porque muchos ya no están para contar la historia de nuestros sueños sorprendidos aquel día, el día más largo de nuestra vida. Pero la memoria vive, porque no olvida ni perdona, y en ella viven mis compañeros, todos, junto al eterno recuerdo de Allende, de nuestro amado Presidente.

*\* Artículo publicado el 14 de Septiembre de 1998, en el diario español El Mundo. Luis Sepúlveda es escritor chileno*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>  
Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

